

DEMOGRAFIA HISTORICA

Por Felipe Ruiz Martín

Catedrático de Historia Económica
en la Universidad Autónoma de Madrid

DENTRO de la renovación que están teniendo los estudios históricos, han ocupado, últimamente, lugar destacado los demográficos. Como resultado del esfuerzo realizado, con participación de historiadores, de un lado, y, de otro lado, de demógrafos, con su respectiva formación especializada, aunque influyéndose recíprocamente, han variado los objetivos perseguidos y los procedimientos utilizados en el aprovechamiento de las fuentes disponibles, de manera que las construcciones elaboradas, copiosas, profusas, son enteramente distintas a las hasta ahora vigentes. En 1954-1956 apareció en Lovaina la obra monumental, en tres volúmenes, del jesuita R. Mols, *Introduction à la démographie historique des villes d'Europe du XV au XVIII siècle*, en la que se recogía cuanto se había publicado, y no sólo de las ciudades; cuando se vuelve hoy sobre ese libro de ayer, que sigue siendo de consulta imprescindible, échase de ver el camino recorrido en estos veinte años transcurridos, en singular de 1965 a 1975, en punto a problemática y en punto a método; nada digamos

* BAJO la rúbrica de "Ensayo" el Boletín Informativo de la Fundación Juan March publica cada mes una colaboración original y exclusiva de un especialista sobre un aspecto del tema general que se aborda a lo largo de doce meses. En años anteriores, fueron objeto de estos ensayos temas relativos a la Ciencia, el Lenguaje y el Arte. El tema elegido para 1975 ha sido la Historia, considerada en algunos de sus aspectos teóricos, metodológicos y sociológicos.

En los boletines anteriores se han publicado: *La exposición en el campo de la Historia, nuevos temas y nuevas técnicas*, por Luis Suárez Fernández, catedrático de Historia Antigua y Media en la Universidad Autónoma de Madrid; *Historia del Derecho e Historia*, por Francisco Tomás Valiente, catedrático de Historia del Derecho en la Universidad de Salamanca; *Corrientes historiográficas en la España contemporánea*, por José María Jover Zamora, catedrático de Historia Universal Contemporánea en la Universidad Complutense.

Al finalizar el año estos trabajos serán recogidos en un nuevo volumen de la *Colección Ensayos*, editada por la Fundación Juan March en colaboración con la Editorial Rioduero.

sobre las constataciones específicas y concretas en relación con ese período que abarca la Edad Moderna, hacia el que prácticamente se han volcado, casi con exclusividad, los investigadores.

Para la Antigüedad y para el Medievo no faltan los intentos que replantean la evolución del número y composición de los hombres que protagonizaron las vicisitudes de entonces: en 1958 presentó sucintamente J.C. Russel un repertorio y después han continuado las discusiones, girando en torno a obstáculos derivados de la penuria de información, con miras a superarlos. Tampoco por lo que atañe a los llamados países adelantados, la segunda mitad del siglo XIX y la mitad primera del siglo XX han merecido atención de los historiadores demógrafos o de los demógrafos historiadores; el secreto estadístico, celosamente guardado por doquier, impide el acceso, antes de que se cumpla el centenario, a los datos primarios que sirvieron de base a los recuentos oficialmente confeccionados, por lo que los interesados han de resignarse a manejar las tablas editadas, que no siempre responden a las preguntas susceptibles de formular, imprescindibles cuando se toca el fondo de las cuestiones. En cuanto al Tercer Mundo y las áreas más atrasadas, la gran preocupación del presente, en particular para los organismos internacionales, los ensayos reiterados para calcular su actual población, que al multiplicarse, explosivamente, alarma, y urge tomar prevenciones, son de naturaleza diferente; ellos, sin embargo, paradójicamente, han estimulado las averiguaciones relativas a períodos pretéritos de Occidente, dado que se presumía por algunos encontrar en ese ejercicio histórico pautas valederas para despejar incógnitas acuciantes sobre Asia, Africa, Oceanía... La demografía histórica más sugestiva se circunscribe, pues, a un tiempo y a un espacio: un tiempo, los siglos XVI, XVII y XVIII; un espacio, los estados de Europa y sus dependencias, destacadamente en América del Norte y en América del Sur, que a lo largo de esas tres centurias adquirieron una madurez civil y eclesiástica reflejada en los elencos de los súbditos o de los feligreses que con cuidado creciente —aunque se adviertan retrocesos, como acaece en España durante el Mil Seiscientos en contraste con el Mil Quinientos— se llevan con tesón y esmero. A ese espacio y a ese tiempo van a referirse las consideraciones ulteriores, prescindiendo conscientemente de cuanto quede al margen.

Objetivos perseguidos

La problemática de la demografía histórica en el pasado, hasta 1965 más o menos, se reducía a conocer el total de la

población de una localidad, de una comarca, de una región, de una nación, de un continente o, incluso, del globo terrestre, su densidad y distribución, siempre en un momento dado, susceptible de comparar ese montante con cómputos por el estilo anteriores y posteriores, y así deducir el movimiento ascendente o descendente. Cuando se podían componer pirámides de sexos y edades, los cotejos, por supuesto, eran de superior calidad y elocuencia. Bastaba, en cierto modo, esa evaluación "magnodemográfica" para las apoyaturas que necesitaba la historia político-militar, la historia social, la historia económica. Los habitantes que tenían una zona geográfica determinada es lo que —presumíase— confería a la misma, estando en paz, mayor o menor importancia al integrarse en un conjunto, cualquiera que éste fuera; y, cuando se trataba de un enfrentamiento bélico, lo que le daba fuerza ofensiva o defensiva, pues la infantería siguió siendo decisiva incluso después de que la artillería y el sistema de fortificaciones —las plazas con baluartes en las murallas— modificó la estrategia, y por tanto era trascendente la cuantía de los combatientes. Lo que se olvidaba lamentablemente era que las guerras antes de la Revolución Francesa se hacían con mercenarios y que una entidad pequeña, buena pagadora, podía disponer de más tropas que una entidad grande, mala pagadora: los rebeldes de "Flandes", por eso, entre otras razones, resistieron con éxito los embates de la Monarquía Hispánica.

La historia social era más exigente, aunque también se conformase con magnitudes, hasta cuando descendía al comportamiento de minorías disidentes de signo racial o ideológico. En cuanto a la historia económica y su necesidad de cuantificar y de distinguir categorías entre productores y consumidores no pasó de exigencias poco detalladas; se conformaba con estimaciones generales para deducir la fuerza de trabajo o la demanda potencial —no hablemos de la demanda real, pues hubiera supuesto saber la distribución de las rentas— que operaban aquí o allá y que determinaron ciertamente sustanciales transformaciones, positivas o negativas, conforme a las normas que se aplicasen por los dirigentes, que no se han de identificar estrictamente con los gobernantes.

Enumeraciones generales

Para esos destinos eran suficientes las listas que con fines fiscales se confeccionaron a escala municipal o a escala cortesana a partir del siglo XV, perfeccionándose en el XVI, aunque se descuidasen o abandonaran en el siglo XVII. El

criterio con que esas nóminas se efectúan depende de la naturaleza del impuesto a recabar y de la costumbre o ley que presidía la derrama: han de ajustarse, a ese tenor, las deducciones. Sobre esas bases, principalmente, edificó Karl Julius Beloch su *Bevölkerungsgeschichte Italiens* —en tres volúmenes aparecidos en Berlín; el primero en 1937 y el tercero, póstumo, en 1961— uno de los monumentos egregios de la “tradicional” demografía histórica. Nunca se ponderará bastante la utilidad de esos padrones difícilmente reemplazables.

Los eclesiásticos, por su parte, compilaban periódicamente catálogos de sus fieles, para verificar si observaban el cumplimiento de los ritos preceptivos: por ejemplo, en una matrícula de Madrid de 1597, iban poniendo, al lado de cada nombre, una cruz de los que se confesaban y dos cruces de los que también comulgaban, con observaciones sabrosas sobre los que quedaban en blanco. Con el material recogido de ambas procedencias, fiscal y eclesiástica, con algunas aportaciones complementarias extraídas de ocasionales informes recabados para, digamos, alojar unos desterrados (caso de los moriscos granadinos que en 1571, ya arrancados de sus hogares, y concentrados a disposición de las autoridades, se les quería internar, desparramados, por los valles del Guadalquivir, del Guadiana, del Tajo y del Duero, en localidades donde preponderasen los cristianos viejos, procurando que el destino de cada uno fuese allí donde hubiese oficios de los que tuviera experiencia y pudiera emplearse con provecho) o para asignar un cupo en el saneamiento de la mala moneda o en la suscripción de los títulos de la deuda pública emitida, o, en fin, para hacer conscripciones de soldados o de marineros, cuando escaseaban los voluntarios, se salvaban los requerimientos que, insístese, precisaba la historia político-militar, la historia social y la historia económica concerniente a los siglos XV, XVI y XVII.

Calando en *La Méditerranée et le monde méditerranée à l'époque de Philippe II* se perciben las intuiciones, en 1949, de Fernand Braudel que son elocuentes anticipos: atísbanse ritmos y palpitations vitales que cuajan en desplazamientos de gentes de la montaña al llano, de las aldeas y villas a las ciudades, y emanan ineludibles si no inconscientes. ¿Cuál es el resorte de esa movilidad?

Del siglo XVIII hay corrientemente censos satisfactorios de habitantes, con lo que se despeja la incógnita de los vecindarios: las “almas” que contenía cada “casa” o “fuego”, cada unidad pechera. La solvencia de esas fidedignas y racionales “enumeraciones generales” conforma a los autores de las monografías que se erigen sobre el Mil Setecientos. Entre ellas

sobresalen las de Ernest Labrousse, consagradas a las fluctuaciones de las cosechas y su secuela, los precios oscilantes, en sentido inverso a la abundancia o escasez de las últimas recolecciones: esos balanceos intermitentes favoreciendo a los ricos y perjudicando a los pobres; discrepancia que engendra tensiones que provocarán, en una "crisis" aguda, las subversiones de París y de las provincias que determinan la caída del *Ancien Régime*, de lo que se deriva una distribución de la propiedad rústica que demorará, allí, entre otras peripecias, la industrialización.

Las vacilaciones en la interpretación del siglo XIX, hasta 1830 si no hasta 1848, con que nos desconciertan los especialistas, se derivan quizá de las endeble apoyaturas demográficas sobre las que levantan sus edificaciones, narrativas y literarias. Con frecuencia se figuran situaciones de descenso de la población que los hechos más estruendosos desmienten. ¿La Santa Alianza sólo pretendía contener las vehemencias de los liberales, cuyo conservadurismo económico-social podía calificarse de reaccionario? Los estallidos ulteriores, tan pronto como cesó la compresión, demostraron que latía, por debajo de las reyertas ideológicas, una sorda agitación, cuya procedencia denunciara con patéticos augurios, un testigo irrecusable, Thomas Robert Malthus (1766-1834).

El "desarrollo" y las limitaciones de la natalidad evitan en la Europa Septentrional las estridencias; pero en la Europa del Mediterráneo y en la Europa Oriental la inestabilidad fue constante, intensificándose. ¿Cómo conjugar esas inquietudes con el "progreso" que aunque fuera de rechazo alcanza y alivia a los que empiezan a ser "atrasados" en Europa? Sin duda porque aumentó más el divisor que el dividendo en el reparto (que, además, nunca fue proporcional) de las disponibilidades. La coyuntura pudo intervenir, recortando provisionalmente el dividendo; pero a buen seguro el divisor se amplió con perseverancia. La desconfianza y la insuficiencia explicativa de las vaguedades magnodemográficas impulsó las búsquedas minuciosas minodemográficas.

Los agregados locales

Se apela a los registros parroquiales. Ya durante la Ilustración se había buceado en ese mar inagotable de los apuntamientos que los sacerdotes católicos o los pastores protestantes confeccionaron en sus demarcaciones, inscribiendo las ceremonias de neófitos, de matrimonios o de defunciones en que intervenían. Recordemos los precursores conspicuos: D'Expilly, en Francia; Don José de Vargas Ponce, en España; Rick-

man, en Inglaterra, un poco más tarde. Pero es mérito de Pierre Goubert el haber puesto de relieve el aprovechamiento fecundado de aquellos "agregados" locales.

Adicionando los neófitos, los matrimonios y las defunciones, cabe hacer deducciones expresivas, representables gráficamente sometiéndolas a combinaciones. Varios de los libros más representativos de las colecciones patrocinadas por la *Sixième Section* de la *École Pratique des Hautes Études* están repletos de curvas de neófitos, de matrimonios y de defunciones y como su tema suele reducirse a una circunscripción limitada, cuyo proceso económico y social se perfila, las interacciones explicativas del conjunto se prodigan. Emmanuel Le Roy Ladurie es el que más partido ha sacado, quizá, haciendo cotejos y exprimiendo el jugo de confidencias inocentes y menudas, al dilucidar la trayectoria de *Les paysans de Languedoc* (1966).

Para deducir tasas se ha de recurrir a la comparación de esos eventos —neófitos, matrimonios, defunciones— con los totales disponibles, de los que con harta frecuencia se carecía. Faltando, había de recurrirse a las hipótesis, a la presunción de un tanto al millar arbitrario. Nada sólido, aunque sí indicios firmes. Los agregados locales comprueban, de añadidura, la consistencia —o la aberración— de los totales manejados antes a ciegas, y también marcan el signo positivo o negativo de los reemplazos, acusando, cuando aparecen desfases, compensaciones inmigratorias o emigratorias.

Reconstrucción de familias enteras

Sensibles los demógrafos a esos defectos con que los historiadores topaban al hacer demografía histórica, discurren un tratamiento "nominativo" de los registros parroquiales. Reconstruyen familias enteras, arrancando del enlace de los padres hasta la disolución del vínculo, o hasta que la madre deja de ser fértil, por sobrepasar la sazón en que fisiológicamente podía concebir. Es por tanto clave la edad de la desposada en el momento de las nupcias. Se verifica cada hijo que tiene la pareja y el lapso comprendido entre la boda y el primer alumbramiento, y entre éste y el segundo, y así sucesivamente. De quedar uno de los cónyuges viudo se sigue la pista al supérstite, para ver si torna a casarse y cuándo. Asimismo se observan los enlaces de los vástagos. Han sido M. Fleury y L. Henry quienes idearon esta normativa y la propagaron.

El prestigio de la "escuela francesa" de historiadores (empleo el singular a sabiendas de que en su seno hay divergencias, pero vistas en panorama, pienso, más se complementan

que se impugnan) otorga resonancia a ese descubrimiento de demógrafos que se introducían en el coto de lo histórico. Las reglas —que si se rastreara, se las encontraría precedentes— son aceptadas en Inglaterra, donde E.A. Wrigley lo utilizó para analizar dos congregaciones de Devon, una al noroeste (Hastland), y otra al sudeste (Colyton). La ruta abierta ha tenido prosélitos en Bélgica y Holanda, en Italia, en Dinamarca, Suecia y Noruega, igualmente en España... Pero, claro está, es en Francia donde más ha cundido la tarea emprendida, acometiendo con éxito los más decididos de esos adeptos al desbroce de los registros parroquiales de aglomeraciones con elevados contingentes. Una encuesta a escala territorial está “planificada” y de su recolección van apareciendo los frutos más tempranos.

Pero no es unánime el consenso al instrumento que hace de fulano y citana y su prole, sin admitir omisiones, el centro de gravedad. Desde luego, los acontecimientos reflejados por esa vía, con esa óptica, son de una evidencia incomparable. Mas, ¿en qué medida son representativos? Las familias reconstruidas, para que entren la serie, han de ser enteras; cualquier defecto las elimina, las excluye; un hilo suelto que escape en la urdimbre o en la trama inutiliza el tejido hecho. Y estos reveses se dan entre el 50 y el 90 por 100 de las fichas abiertas, correspondientes a los que van y vienen de acá para allá, aunque sea por las cercanías, empujados por el imperativo de ganarse el pan de cada día. Los que se quedan permanentemente donde se casan, y mantienen en su torno a los descendientes hasta que éstos se emancipan, son los que disfrutan de un patrimonio, una heredad, un taller o una tienda. Pero estos afortunados son minoría. Los que deambulan entre las aldeas y villas colindantes —no hablemos de los que se trasladan a la ciudad, ni de los que en la ciudad se mudan de barrio a barrio— escapan a las pesquisas y con el silencio de estos evadidos se pone en entredicho el testimonio de los presentes.

Se han buscado paliativos a esos inconvenientes, estirando el radio de las exploraciones. Escuché a Massimo Livi Bacci —Director del Departamento Estadístico Matemático de la Universidad de Florencia y uno de los paladines de una demografía histórica en que los demógrafos tutelen a los historiadores— en una disertación que pronunció en 1972 en Salerno, uno de esos expedientes: simultanear el desglose de los registros parroquiales, convenientemente seleccionados, dentro de un círculo que por su topografía se tenga por casi cerrado, para las envaradas comunicaciones de los siglos XV a XVIII.

Jacques Dupâquier presenta otra fórmula: escoger los apellidos que empiecen por una determinada letra, fonéticamente no confundible por su rotundo sonido, e ir en pos de cuantos los ostentaron de sacristía en sacristía, suponiendo que los infolios se guarden en los anaqueles o en los arcones de esas dependencias en las iglesias. Mientras tanto, los incrédulos del dogma de la reconstrucción de familias enteras sonríen, cuando no arremeten pluma en ristre contra la "nueva" demografía histórica, de la que el polaco Witold Kula desconfiaba cuando estaba todavía en sus albores: después de dispendios de dinero y derroches de energía, aseveraba, confirman lo que aproximadamente se conocía.

Pero no ha sido estéril el empeño, sin regatear tesón, de engarzar, miembro a miembro, la reconstrucción de familias enteras de los siglos XVI, XVII y XVIII. La fecundidad legítima (y la ilícita) está desvelada, con sus intervalos y sus deslizamientos a plazo largo; y la composición de cada hogar, con sus altas y bajas; y los atisbos de "control", aunque raros; y la fertilidad teórica... Los estragos de la peste han sido fijados con exactitud, concretando las víctimas en tal o cual domicilio. Varios "componentes" más han sido detectados. Los demógrafos han disciplinado a los historiadores en el rigor de la demografía histórica. Sería vano negarlo. No obstante, rizando el rizo, deleitándose en las células se ha olvidado la dimensión del organismo.

Modelos de poblaciones estables.

Por eso se ha remozado una intuición, abocetada en 1907, aunque fuera en 1922 cuando se remata: los modelos de poblaciones estables. Los "modelos" son construcciones lógicas que, a tenor de un encadenamiento dialéctico, eslabón por eslabón, de unos antecedentes derivan consecuencias. Aplicándolos, de unas facetas conocidas se puede deducir el conjunto ignorado. La faena es semejante a la reconstrucción del arqueólogo que, teniendo un asa y trozos del cuello y del perímetro de un ánfora, la recompone entera.

La gama de "modelos" demográficos es enorme. Los más sencillos son los que atañen a las "poblaciones estables". A.J. Lotka ("Relation between Birth Rates and Death Rates", en *Science*, vol. 26 [1907] y "The Stability of the Normal Age Distribution", en *Proceedings of the American Academy of Arts and Sciences*, vol. 57 [1922]) sostuvo que una población que tiene un flujo de renuevo (nacimientos) y de extinción (defunciones) de intensidad sostenida, tiende a asumir una estructura constante y por tanto puede calificarse de estable.

En esas condiciones se desarrollaron, *grosso modo*, Europa y sus creaturas de ultramar durante los siglos XVI, XVII y XVIII, y el Tercer Mundo hasta hace unos lustros.

Natalidad y mortalidad, más que compensarse eran autorreguladas, como Jacques Dupâquier ha demostrado puntualmente para unas circunscripciones galas antes de 1750. Pues bien, en poblaciones estables cada tramo de la pirámide por sexos y edades está definido por unívocos comportamientos de la mortalidad y de la natalidad. Consecuentemente, con dos parámetros independientes —éste o aquel nivel de natalidad o éste o aquel nivel de mortalidad y la proporción de un peldaño cualquiera de la escalonada pirámide de sexos y edades, de la base, de la cúspide o de los rellenos— las conjeturas son perfectamente factibles. La O.N.U. y la Universidad de Princeton han prodigado las tablas que dando entrada a escuetos datos de situación, los transforman en estimaciones de la movilidad de los factores que intervinieron en su conformación.

Los historiadores demógrafos son escépticos e ironizan sobre esto, que tachan de malabarismos. Pero ¿con qué suplirlos?, inquietan los demógrafos historiadores. Los “modelos” —entre los cuales los de las poblaciones estables son un botón de muestra— han puesto de patente que las singularidades se han de encuadrar dentro de unos marcos; que ha de haber reciprocidades, repudiando las incongruencias; que hay excesos o abultamientos inadmisibles.

“Programas” para computadores

El empleo de ordenadores electrónicos en demografía histórica está siendo ensayado. Van poniéndose a la orden del día las tentativas para nutrir la memoria de las máquinas con las cifras disponibles de situación y de movilidad de la población y con apreciaciones —codificadas— de índole geográfica, administrativa, religiosa, etc., para que sean “tratadas” y salgan agrupadas en función de las demandas que hayan sido requeridas. Baste esta alusión trivial a un sistema que no es exclusivamente técnico, sino que exige unas concepciones amplias y, a la vez, meticolosas.

Los recientes resultados

¿A dónde han conducido esas aportaciones de la magnodemografía, la minodemografía y la demografía nominal que reconstruyen familias enteras? ¿Qué conquistas auténticas han deparado? El balance de los resultados recientes es

satisfactorio si se contempla su pureza, su calidad, su esencia; pero, al mirar lo que esas sutilezas significan para la evolución absoluta, quedamos decepcionados. Se ha auscultado y se está auscultando el latir de las vísceras, mas aún no se han dado diagnósticos solventes a la holgura o precariedad del cuerpo, de la entidad. Ni de la Gran Bretaña —la parcela acaso mejor cultivada y por los más expertos operarios— hay certidumbres, fuera de que la población empezó a reponerse de la Peste Negra entre 1450 y 1470, haciéndolo rápidamente de 1475 a 1556; a continuación el restablecimiento se atemperó. ¿Qué pasó en Inglaterra y Gales durante el XVII? A esta interrogante ninguna contestación nítida. La fractura que E. A. Wrigley, detecto en Colyton entre noviembre de 1645 y octubre de 1646 por una epidemia, ¿se dilató por la isla? No se piensa que la reducción de contingentes sea en Inglaterra durante el Mil Seiscientos tan temprana y tan marcada como en la otra orilla del Canal de la Mancha.

Francia disfrutó de un tercio inicial del siglo XVII benigno —libre casi de las escaseces de subsistencias—; pero en el segundo tercio las calamidades se cebaron en su existencia, siendo terribles las padecidas en 1650 y 1661, y en el postrer tercio la convalecencia se interrumpió con un golpe cruento en 1693. En 1695 tenía la Gran Bretaña 5,2 millones de habitantes, y 9,2 millones en 1801. ¿Cuándo acaeció ese incremento? Empezó, se asegura por unos, en 1700; pero, aclaran, experimentó un bache en 1740, tornando a ascender a continuación. Otros no aceptan el remontar la adversidad hasta 1750, y algunos retrasan el *turning point* a 1781-1790. ¿Cómo tuvo lugar la recuperación? Griffith sostiene que por haber amenguado la mortalidad, a raíz de 1750, por la erradicación de los contagios virulentos, la legislación sobre la ginebra y los procesos médicos. Ratzell atribuye la euforia a la vacuna antivariólica, lo que rebaten Flinn, flemático, y, malhumorado, Eversley. Intervienen en el debate Helleiner, Chambers, Habakkuk, acentuando la confusión. Pero tópicos como el de que a seguida de una catástrofe, cualquiera sea su causa —hambre, enfermedad, invasión—, era inminente el subsanamiento de las pérdidas, han sido terminantemente desmentidos. Al contrario, una llaga de esas que merecerían por su encono ser rememoradas, tardaba en cicatrizar 50 años, más o menos.

¿Y qué veredicto han merecido, juzgadas por la flamante e iconoclasta demografía histórica, las variantes a la tesis malthusiana que se conjeturaron en Francia (más que en Inglaterra, curiosamente), desde que con el diezmo eclesiástico fueron medidas las oscilaciones de las cosechas? Todavía, en los

trances en que se vislumbraban, latía el espejismo de los ciclos, que la depresión de los treinta del siglo XX había desatado y se prolongaban sus reflejos terminada la segunda contienda mundial. ¿Se derrumbaron como castillos de naipes? ¿Aguataron? No osaré pronunciarme. Pues hay quien asevera que los topos que portaban las pulgas que infectaban a los que picaban nada tenían que ver con la robustez o debilidad de las víctimas, y el contagio era infalible. Pero no persuade esa autonomía de la nefasta parca. Los precios del pan se disparan hacia arriba cuando suenan las horas fatales. ¿Esa carestía era consecuencia más que causa?

La población y las oscilaciones del "trend"

Habiendo sido entre 1965 y 1975 cuando la demografía histórica cobró auge ostensible, no podía eludir el enfoque desde su perspectiva de lo que era preocupación acuciante de los tratadistas del acaecer, acuñada con unos neologismos que han adquirido plena aceptación léxica: "crecimiento" que, rebasado un estadio, se convierte en "desarrollo".

Nunca se ponderará bastante la trascendencia de esa mutación. ¿Qué papel desempeña la demografía en la Gran Bretaña, donde más temprano se registró el cambio? ¿Actuó de comparsa o de protagonista, de remolque o de motor? Los demógrafos historiadores, entusiasmados con sus hallazgos, se inclinan por lo más radical y estruendoso, complaciéndose en pulverizar las tesis clásicas; el desafío de la población, contestan, es lo que empujó a la economía en el campo y en la ciudad; los historiadores demógrafos distribuyen las iniciativas creadoras entre la población y la economía, sin arriesgarse a dosificar cupos. Lo que no tiene vuelta de hoja es que el campo, al reorganizarse con las *enclosures*, no arroja a la ciudad a los pequeños propietarios, a los arrendatarios y a los aparceros que labraban los predios absorbidos por los dueños de los cercados próximos, al expansionarse éstos, buscando la amplitud óptima para el rendimiento máximo de sus fincas. Los desposeídos, efectivamente, se convertían en jornaleros agrícolas, de ordinario en su propio poblado, no en obreros industriales de la próxima aglomeración. Porque la agricultura, como J.D. Chambers ha demostrado para el valle del Trent, al hacerse especializada e intensiva reclamó más peones y suprimió el paro estacional.

No hubo pues desplazamientos del campo a la ciudad, como C. Marx creyó y P. Mantoux difundió. La industria recluta la mano de obra que precisa en la ciudad, donde se instala, y sin demasiados agobios, pues la mortalidad está

descendiendo en la ciudad todavía más que en el campo, por la mayor o menor difusión de las prescripciones clínicas; y como los matrimonios se adelantan por los hombres y, sobre todo por las mujeres, y las esperanzas de vida en unos y en otras se dilatan, la natalidad aumenta, con lo que el saldo vegetativo es espectacularmente halagüeño. En el rezagarse de Francia, cuando los progresos que había hecho en el siglo XVIII —irrecusables aunque los triunfalismos de los recalci-trantes *chauvinistes* hayan de ser puestos en cuarentena, y desinflados como ha hecho Michel Morineau, no sin réplicas— la equiparaban en madurez a Inglaterra para dar el paso decisivo, ¿qué responsabilidad tuvo el repliegue de los nacimientos, acusado precisamente en las ciudades, con una prioridad notable al resto de Europa?

Para la demografía histórica es más atrayente, si sabe, el crecimiento que el desarrollo. Este, aunque afectado por ondulaciones, se despliega irreversible mientras que aquél conoció estancamientos y regresiones. Malthus razonó la fatalidad de esas vicisitudes, pues en la carrera que se disputaban población y producción las bocas desbordaban a los alimentos, y cuando se saturaban las nubes descargaba implacable la tormenta: los jinetes del apocalipsis galopaban a su antojo, cuando uno, cuando otro. La denuncia tenía fundamentos retrospectivos, aunque no fuera correcta la argumentación —e insostenible el tono dogmático— con que implícitamente se justificaban los episodios de contención. No fue el hambre lo que frenó brutalmente, exclusivamente, a la multiplicación. Pero que a ésta se aplicaron topes no tiene réplica. ¿Cómo funcionaban los dispositivos que reprimían los excesos? Los ecólogos han aportado su grano de arena, pero genéricamente; y cuánto nos gustaría saber sus concreciones.

La magnodemografía marca las cumbres y las simas, que la minodemografía ratifica; pero sólo la demografía nominal, reconstruyendo familias enteras, al reparar en los acaecimientos está atisbando cómo se trepó y cómo se descendió, no siempre de golpe, catastróficamente. La economía aupaba hacia arriba o tiraba hacia abajo; pero con independencia de esas instancias, la voluntad de las parejas, con sus temores o con sus egoísmos, conscientes, se manifiesta con decisión. La demografía nominal depara la filiación de las familias enteras que reconstruye; pero, como sus encartados son de una sola extracción, es prematuro sacar conclusiones. Porque la distribución de las rentas tuvo, sin duda, reflejos en los nacimientos, matrimonios y defunciones. Pero, ¿de qué signo en ésta o aquella coyuntura?

La demografía histórica en España

En los umbrales de la década 1965-1975, Jordi Nadal proporcionó con su magnífico libro una guía segura a los que van a iniciarse. *La población española (siglos XVI a XX)*, editada en 1966 y reeditada con retoques sucesivamente en 1971 y en 1973, no sólo es un compendio, en el que Nadal criba y pule lo poco que se sabía con lo mucho por él esmeradamente averiguado en Cataluña (en colaboración con Emilio Giralt lo atinente a la sorprendente "manada" de ultrapirenaicos que llegan desde el ocaso del siglo XV hasta 1620-1625), sino que constituye un exponente tangible de la problemática y la metodología que debe presidir la demografía histórica, y lo que se ha de excusar.

Por eso no se han dado palos de ciego entre nosotros, cuando en las Universidades se dejó sentir netamente la predilección por la demografía histórica, de las tesis y de alguna tesis. La demografía, de ser una rama auxiliar del tronco frondoso de la historia, pasó a ocupar un sitio relevante entre los ingredientes del acontecer. Ramón Carande y Carmelo Viñas, Antonio Domínguez Ortiz y Pierre Vilar afianzaron esa orientación que se mantiene en boga. Los geógrafos, que tuvieron en Amando Melón un precursor excepcional, han contribuido a matizar la trascendencia que la población ha tenido en el evolucionar de la "realidad": Terán y Casas y sus discípulos, con los alumnos de éstos, son los mentores, próximos o remotos, de empresas que admiran por su envergadura y por su perfección.

Se ha hecho en España, en fin, de 1965 a 1975, calificada demografía histórica del Antiguo Régimen: magnodemográfica —desmenuzando para el siglo XVI los vecindarios cuyas firmas en el Archivo de Simancas yo he reiteradamente propagado desde 1967, y para el siglo XVIII el vecindario de Campoflorido y los censos de Godoy, Floridablanca y Aranda; para el siglo XIX, antes de la inauguración del Instituto de Estadística (1857), de los recuentos enigmáticos disponibles—; minodemográfica —espigando agregados de bautismos, bodas y entierros de docenas de registros parroquiales— y se comienzan a reconstruir familias enteras. Francisco Bustelo ha tamizado el vecindario de Campoflorido (1712 - 1714 - 1717) con el cedazo de los modelos de poblaciones estables. Y, si estoy bien informado, se ha hecho un "programa" para ordenadores electrónicos ajustado a las sugerencias que se desprendían de los eventos recogidos en una feligresía de Zaragoza pertenecientes a Mil Seiscientos. En su casi totalidad estas "memorias" de licenciatura o de doctorado en la

Universidad no están impresas; sería arduo relacionarlas. En las *Primeras Jornadas de Metodología Aplicada de las Ciencias Históricas* que se celebraron por 1973 en la Universidad de Santiago de Compostela, las comunicaciones hechas en la sección "Demografía y estructuras sociales", fueron literalmente sensacionales.

Las basculaciones del centro de gravedad peninsular, de la Meseta Norte a la Meseta Sur y de ambas altiplanicies a la periferia, se fraguaron demográficamente en la segunda mitad del XVI y durante el XVII. El esquema de Castilla es peculiar; se adelanta en el crecimiento y prematuramente cunde la degradación. En las regiones circundantes no se registran esos extremismos en agraz, que son atípicos. Vascongadas (por E. Fernández de Pinedo y por P. Fernández de Albadalejo esclarecidas) se apartan del falso patrón, lo mismo que Cataluña, Murcia (I. Gutiérrez Nieto) y Galicia (A. Meijide Prado, A. Eiras Roel, J. García Lombardero, B. Barreiro Mallón y, *last but not least*, J. García Fernández) y sintonizan con el Languedoc de E. Le Roy Ladurie o el Devon de E.A. Wrigley. En cambio, qué de paralelismos, bajo Felipe II, entre el Valladolid de Bartolomé Bennassar y el León de Valentina Fernández Vargas. Por eso se ha de tornar a la eterna polémica sobre la "grandeza" y "decadencia" de Castilla, no de España, aunque el peso de Castilla gravitara sobre España. Demográficamente la "grandeza" de Castilla se empalma de las aldeas y villas a las ciudades, y la "decadencia" anida en las ciudades, que se desmoronan, y repercute en las aldeas y villas. En el siglo XVIII las aldeas y villas se remozan, en tanto que las ciudades prolongan su languidez, contrastando con la pujanza de las "capitales" catalanas, de Valencia, de Málaga, de Cádiz, de Santander, de Bilbao más que de San Sebastián... —por únicamente citar casos señeros.

En Castilla las ciudades canalizaron el éxodo de las villas y aldeas que desde 1420-1430 se incrementaban hasta rebosar; los reyes y los señores dieron fluidez a ese trasvase, procurando que las actividades mercantiles y manufactureras se dilatasen en los puntos de destino, de asentamiento de los desplazados, para que éstos encontraran empleos. Las disputas entre señores y reyes por adscribir aquí o allá una feria, o por reglamentar éste o aquel gremio (en 1511 Fernando el Católico promulgará unas ordenanzas "generales" para los paños que zanja la competencia de demagógicas transigencias) están cargadas de intencionalidad. La expulsión de los judíos —Luis Suárez Fernández ha rectificado la cifra de los afectados, recortándola— deja puestos vacantes, algunos claves, que se cubren sin detrimento.

Conocemos la hinchazón de las ciudades en el siglo XVI mejor que la hinchazón de las aldeas y villas en el siglo XV. Urge encontrar un recuento que se hizo, consta, por Juan II (1406-1454), pues los registros parroquiales de entonces son raros e incompletos. Como en Holanda, según Jan de Vries, las urbes acogen propicias a los campesinos excedentes; les necesitan. Pero mientras ese embalse de las aguas que resbalan se prolonga en Holanda, en Castilla se interrumpe por 1566-1568. J. Gentil Da Silva ha advertido congestiones en algunas aldeas y villas de Castilla la Nueva que cumplimentaron las instrucciones de 1575 y 1578 para las "Relaciones Topográficas", y a buen seguro acierta; pero ya las ciudades estaban perdiendo elasticidad, y entornaban si no cerraban las puertas de sus murallas a los que acudían solícitos. Esa clausura era reciente, de ahí que Noël Salomon halle declaraciones, más bien eufóricas que pesimistas, en las mismas "Relaciones Topográficas". Si el incomparable *Valladolid au siècle d'or: une ville de Castille et sa campagne au XVI siècle* (Paris-La Haye, 1967) tuviera dos epígonos de la talla del precursor, que remasen por las orillas del Pisuerga y del Esgueva, hacia abajo hasta 1420-1430, hacia arriba hasta 1680, saldríamos del limbo de las hipótesis.

Vicente Pérez Moreda ha desglosado con tino y competencia encomiables los registros parroquiales de una aglomeración con visos de urbana, Villacastín, y de cinco núcleos netamente rurales, Vallecillo, Navares de Enmedio, Mozoncillo, Otero de Herreros y Labajos, correspondientes a la demarcación de Segovia; y además de los agregados de bautismos, bodas y defunciones, ha extraído de los libros de tazmías, que puntualmente se llevaban en las iglesias y en la catedral de la diócesis, una imagen fiel de los sostenes materiales de las gentes que allí nacían, se casaban y morían. Las manufacturas y el tráfico eran el principal *modus vivendi* de Villacastín —entre las sacas de lana que se importaban en Florencia las que tenían la "señal" de Villacastín eran en su lonja las predilectas y más cotizadas—; el pastoreo predominaba en Otero de Herreros y la labranza constituía esencialmente el quehacer de Vallecillo, Navares de Enmedio, Mozoncillo y Labajos. Pues bien, la "ciudad", Villacastín, se destaca durante la "grandeza", admitiendo complacida a cuantos arriban ofreciendo solícitos su trabajo; pero cuando viene la flaqueza de la "decadencia", es allí donde primero se deja sentir y donde los estragos más sofocan; las "aldeas" hacen de comparsa en la bonanza, pero cuando la tormenta sobreviene y azota cruenta, resisten mejor que peor; mejor Otero de Herreros, con su ganadería, peor Vallecillo, Navares de Enme-

dio, Mozoncillo y Labajos, con su agricultura. Pero a fines del XVII y en el transcurso del XVIII son estos pueblos que cultivan cereales los que aletean, mientras que Otero de Herreros se derrumba y Villacastín permanece en un progresivo abatimiento, hasta no quedar de lo que fue más que el arrogante templo herreriano erguido entre ruinas y nostalgias.

Obstruída la válvula de escape que para las villas y aldeas suponían las ciudades, con sus tratos y sus talleres, los arbitristas más pragmáticos, del siglo XVII, para alivio de los campesinos que —aunque roídos por una mortalidad explosiva y, como cohibidos de la zozobra si no del pánico, por una natalidad sofrenada— son todavía demasiados, aconsejan remozar la agricultura en conexión con la ganadería estante. En 1631 revisa Miguel Caxa de Leruela las ideas que bullen en su magín desde antaño y da a la imprenta en Nápoles, donde ha ido acompañando a un ministro visitador, la versión definitiva de la *Restauración de la antigua abundancia de España* —de la que temprano dispondremos de una reimpresión, presentada y cuidada por Jean Paul Le Flem, en la biblioteca tan felizmente inaugurada de “Clásicos del Pensamiento Económico Español”, del Instituto de Estudios Fiscales.

Advirtámos que Caxa de Leruela ha sido alcalde entregador del Concejo de la Mesta y que, por tanto, ha recorrido Castilla de Norte a Sur y de Sur a Norte. Conoce el terreno que pisa y sabe que las ciudades no tienen salvación —en lo que discrepa de los arbitristas más especulativos, como Sancho de Moncada— y que las villas y aldeas están erosionadas por la venta de baldíos y de comunales, desde el desastre de la Armada Invencible (1588) y de los afanes de revancha que locamente concitó la derrota. Para recabar dinero —relata— se sacaron a subasta los baldíos por el erario, y los ayuntamientos, para sufragar el tributo de “los millones”, hipotecaron los comunales, los cuales a la postre serán ejecutados por incumplimiento de los créditos de que respondían. Quienes de una u otra forma compraron, se colige, fueron los desertores de los tráficos y de las empleas en las aglomeraciones urbanas con los caudales liquidados, a los que imitan los funcionarios civiles y eclesiásticos que gozan de generosas retribuciones y a los que la caída de los precios permite hacer pingües ahorros: esos “hacendados” de nuevo cuño, “señores” improvisados, plantan viñas y crían rebaños que trashuman en el invierno a “los extremos” y en el verano a las sierras. En los núcleos rurales, los rústicos, entre tanto, están parados y sin qué comer.

Caxa de Leruela recomienda para la *Restauración de la antigua abundancia de España* que se ponga coto a las viñas y

a los rebaños trashumantes, y que se protejan los hatos de ganadería estante y los sembrados de pegujaleros y arrendatarios y aparceros. Una ley de 4 de mayo de 1633 recoge estrictamente el dictamen de Caxa de Leruela, y, si su aplicación entre reticencias y disputas no cuajó a plazo corto, al permanecer vigente la prescripción en la *Novísima Recopilación* (libro VII, título XXVII, artículos 20, 24, 25, 27, 28) a plazo medio, si no largo, surtió salutíferos efectos. Angel García Sanz lo ha demostrado: desde 1680 en la vertiente meridional del Guadarrama y su prolongación hacia el Duero hay una recuperación que se continúa durante el siglo XVIII, donde si la población total alcanzó las cotas del Mil Quinientos es merced a la reanimación de las aldeas y de las villas, no a las lánguidas ciudades.

La recuperación relativa de Castilla en el siglo XVIII es rural, no urbana, y sus limitaciones son las de una agricultura —por Gonzalo Anes brillante y nítidamente analizada en sus mecanismos económicos y sociales— de pegujaleros, arrendatarios, aparceros, pero no con una ganadería estante que les confiriese independencia, sino sometidos, además de a unas cargas civiles en dinero y eclesiásticas en especie pesadas, y a la revisión de unos contratos cada vez más onerosos, a las vejaciones de los oligarcas dueños de la ganadería trashumante, que se habían introducido subrepticamente en el Concejo de la Mesta y manejándole a su antojo hacían gala de monopolio, de opresión, de prepotencia, como Don Gaspar Melchor de Jovellanos altisonante denunciara en el *Informe* que redactó entre 1791 y 1794 por encargo de la Sociedad Matritense de los Amigos del País.

Conclusión

Demógrafos e historiadores, compitiendo y emulándose en la forma, colaborando mutuamente en el fondo, han remozado la demografía histórica en su problemática y en su metodología. Han conseguido que las fuentes preestadísticas cesen en su mutismo y respondan cumplidamente a los interrogatorios más actualizados, más incisivos, más sofisticados. Su contribución ha sido decisiva, *sine qua non*, para que la diosa Clío saliera del arrinconamiento en que estaba recluida por los pecados de la erudición estéril y fuese a ocupar un pedestal de honor en el olimpo de las Ciencias Sociales. Dos tendencias están apuntando para el porvenir: una escuetamente demográfica, otra historizante. La primera penetrará en los entresijos de las poblaciones del pasado; la segunda, con esos ingredientes, acrisolará, aun más, el humanismo de las vicisitudes que han traído el presente y conducirán al futuro.

Madrid, marzo de 1975